

## MARÍA, ARQUETIPO DE LO FEMENINO EN LA IGLESIA

*La autora quiere resaltar la importancia de la figura de María como mujer real y concreta en nuestra vida eclesial. No reclama con ello una centralidad que corresponde totalmente al reinado de Dios proclamado por Jesús, el Cristo confesado en la fe, pero sí una mayor acogida de lo humano-femenino que ella representa en nuestra Iglesia. Se trata de hacernos eco de la sensibilidad de la cultura actual hacia el dato antropológico, sin minimizar por ello el criterio teológico-antropológico universal propio de la mariología.*

*María, arquetipo de lo femenino en la Iglesia, Proyección 50 (2003) 275-288.*

### INTRODUCCIÓN

La figura de María, nada relevante en la tradición evangélica en cuanto a extensión, pero sí en intención, ha sido contemplada tradicionalmente sobre todo desde la perspectiva del culto y la devoción, afirmando el carácter extraordinario de sus “privilegios” en orden a su condición de madre, más que a su condición de discípula y seguidora: la de ser “oyente activa” de la palabra y la voluntad de Dios, tal como la presenta el mismo Jesús.

A María se la ha convertido tradicionalmente en un símbolo de “lo femenino inefable” frente a “lo femenino real”. Esto ha conducido a la prefiguración, en la práctica, de un modelo de mujer en la Iglesia muy adecuado a los intereses patriarcales y androcéntricos que la caracterizan. María es la mujer ejemplo de sumisión, de oculta dedicación y de silencio reverencial. Esta caracterización ha tenido poco en cuenta su pa-

pel activo de mujer abierta a los acontecimientos, dialogante, comprometida y responsable, coherente con el proyecto de vida que Jesús proclama y que ella asume con total libertad ya desde el momento de la encarnación.

Creemos que el modelo femenino del silencio y la sumisión, por sublime que sea, tiene mucho que ver con la relegación y marginación del papel de la mujer en el ámbito socio-eclesial a lo largo de estos dos milenios de cristianismo.

A su vez, la imagen de Dios que ha transmitido la tradición católica, impregnada de rasgos exageradamente patriarcales, moralmente intransigente, dura y justiciera, inflexible ante la debilidad humana, ha hecho que la espiritualidad y la devoción populares busquen el rostro femenino de una mujer comprensiva, amante, benévola y sobradamente idealizada. En consecuencia, como afir-

ma J.A. Estrada, para muchos creyentes “la trinidad” de la religiosidad popular no es la del Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino la del Padre, Madre e Hijo. Los títulos y funciones del Espíritu Santo se han convertido en advocaciones marianas (consuelo, refugio, esperanza, remedio, auxilio, etc.). María ha sustituido al Espíritu Santo en la comprensión popular de Dios”. No es de extrañar que durante siglos el Espíritu Santo haya sido el “Dios olvidado” por la fe católica. La teología del siglo XX viene haciendo un gran esfuerzo para recuperar la tercera persona de la Trinidad, a la vez que la realidad histórico-antropológica de María,

en su relación con la divinidad.

La sublimación de la figura de María y la exaltación de sus virtudes han servido de arma arrojadiza frente al colectivo de las mujeres históricas que ha marcado la existencia de lo femenino dentro de la vida y los ministerios de la Iglesia. El modelo, excelente y original de la mujer María de Nazaret, no ha servido para liberar teológica, antropológica y eclesialmente la dimensión femenina de la humanidad a lo largo de la historia del cristianismo, sino para culpabilizarla y someterla. Esto está cambiando, pero aún queda mucho camino por hacer, y debemos hacerlo.

## RECUPERANDO EL ARQUETIPO MARIALÓGICO EN LA IGLESIA

“*Arkhe*” es un término griego que indica siempre prioridad con relación a alguien o a algo. En un lenguaje profano puede tener el sentido de anterioridad en el tiempo y entonces hablamos del punto de inicio de algo. También puede indicar una prioridad que denota una categoría o dignidad, que podría ser política social, religiosa. C. G. Jung propone esta definición: “*Arquetipos* es una paráfrasis explicativa del *eidōs* platónico. Esta definición es útil pues indica que los contenidos inconscientes colectivos son tipos arcaicos –mejor aun– primitivos”. Para este autor, esta definición puede aplicarse tanto a individuos como a representaciones colectivas primitivas, pero aquí ya no son contenidos del inconsciente, sino fórmulas conscientes a modo de doc-

trinas secretas transmitidas oralmente, influyentes en el ánimo de todo un grupo que las recibe y las alimenta de manera dinámica y perfectamente engarzada en cada momento de la historia.

Usar el término *arkhê* unido al de *typos* –figura, modelo–, encierra un sentido de conversión a la misteriosa relación que existe entre toda realidad o persona respecto a otras que evocan una dimensión casi epifánica del mundo trascendente e invisible. Este sentido es especialmente significativo en teología. Consiste en reconocer que determinada realidad o persona refleja con extraordinaria fuerza el *Principio* (Dios) al que está unida, y por eso resulta atrayente, es decir, digna de ser mirada, amada e imitada, de manera tal que llegue a impregnar la

propia forma o perfil humano.

En la lectura alegórica de la Escritura el uso del término *arquetipo* sirve para señalar la intencionalidad de Dios para hacer de una persona o acontecimiento una revelación especial de su plan salvífico. En la teología de los primeros siglos es muy frecuente esta hermenéutica de los personajes que intervienen en la narración de los hechos salvíficos. La expresión “*arquetipo*” la encontramos también en el pensamiento judeo-helenista (Filón de Alejandría), pero es en el ámbito de la reflexión cristiana donde el contenido, referido a la *imago Dei* en el ser humano, encuentra su mayor profundidad. Ireneo de Lyon es uno de los precursores del término en sentido teológico cuando afirma que el mundo ha sido hecho mirando un *arkhetypos*, un modelo original y eterno. Para Dionisio Areopagita, Dios es el *arkhetypos* de la luz, el Origen de toda luz.

Con todo, la lectura e interpretación que queremos hacer del término aplicado a María, tiene unas connotaciones muy precisas y, en cierta manera, deconstruidoras de cierta visión marialógica, en cuanto se pretende liberar la imagen de esta mujer concreta, histórica, de la idea que la convierte en un ser tan sublime como estático e inasible. El arquetipo al que nos referimos no es el origen inamovible de la idea platonizante, tantas veces presente en el pensamiento cristiano, sino esa realidad dinámica que emana una luz llena de belleza y creatividad, dentro de una corporeidad histó-

rica plenamente dignificada.

En María de Nazaret vemos la persona que de forma única y extraordinaria, a la vez que enraizada en la historia, nos pone en comunión con la intencionalidad salvadora de Dios, acogiendo la Palabra y gestándola en sus entrañas de mujer. El Hijo de Dios asume su condición humana sin que esta realidad reste nada a su misión de salvador universal de hombres y mujeres. De igual manera tendríamos que acentuar la condición femenina de María, sin que esto signifique reducir su capacidad de paradigma tanto para los hombres como para las mujeres creyentes. Ella es el *arquetipo* (modelo original) de cada miembro de la Iglesia. La carta magna de Pablo VI sobre María, *Marialis Cultus*, en la misma línea del capítulo VIII de la *Lumen Gentium*, sigue siendo una invitación a redescubrir esta figura paradigmática de María en la vida de los creyentes, situándola en relación con el centro de toda la vida eclesial cristiana: la Trinidad divina.

Sin embargo, tiene razón el teólogo S. de Fiores cuando afirma: “... sigue advirtiéndose en estos tratados [de eclesiología] una grave laguna: la de no haber utilizado la doctrina patristica acogida por la *Lumen Gentium* sobre María ‘tipo de la Iglesia’, un título rico en perspectivas para la comprensión de la misma Iglesia. Más lamentable es que en ellos no se preste la debida atención a las relaciones entre la marialogía y la eclesiología. Esta laguna priva a la Iglesia de una imagen concreta y altamente evocativa de su esen-

cia teológica y su misión, y por otra parte mutila a la mariología de su dimensión eclesial, corriendo el riesgo de reducirla a un capítulo marginal e inorgánico". Los esfuerzos realizados dentro del campo de la mariología han logrado salvar algunas distancias y llenar algunos vacíos, pero, en general, la teología sigue considerando esta disciplina como un "apéndice" y la figura de María continúa siendo una referencia capaz de mover los sentimientos más que las voluntades de los creyentes. Numerosas cofradías y congregaciones llevan el nombre de María, pero esto no influye de forma decisiva en la transformación de la comunidad cristiana, ni mucho menos en las relaciones hombre/mujer que se establecen dentro de ella.

El problema sigue siendo que, desde esta dimensión arquetípica de mujer, se vislumbra *lo femenino* en la Iglesia. Y la Iglesia ha marginado y sigue marginando el papel de la mujer dentro de ella, por más que se constituya en abanderada de sus derechos ante las distintas culturas y sociedades del mundo. Ver a María no sólo como *prototipo* (primer modelo) de la Iglesia para hombres y mujeres, sino también como *arquetipo* (modelo original) de mujer creyente, revela una opción de principio: poner de relieve el significado del encuentro de Dios con lo *humano-feme-*

*nino* dentro del plan de salvación y dentro de la Iglesia que intenta vivirlo.

Entre las claves que nos permitirán soñar una verdadera renovación del *arquetipo mariológico* y, por ende, del papel de las mujeres dentro del ámbito eclesial de la fe, podríamos señalar: a) la reafirmación de la centralidad cristológico-trinitaria de la fe eclesial y el reconocimiento del *símbolo relacional* que María representa en la expresión de esta fe; b) la actualización hermenéutica del dato antropológico-mariano: la liberación de la interpretación mariológica de las adherencias circunstanciales, con raíces claramente ideológicas, que rehuye la relación simétrica entre hombres y mujeres, basándose en una tradición histórica y cultural claramente misógina.; c) la relectura del sentido de la corporeidad humana y de la simbología de lo femenino dentro de la Iglesia, y d) una mayor sensibilidad hacia el papel de las mujeres y reconocimiento de sus funciones diaconales, no sólo catequético-sacristales, en la comunidad creyente.

Podemos reflexionar sobre algunos rasgos acerca de la relación actual del *arquetipo-María*, dentro de una visión dignificante de lo femenino, y con ello también de lo masculino, en la Iglesia y la sociedad plural en la que se encarna hoy.

## LO HUMANO-FEMENINO, MODELO DE PLENITUD HUMANA EN DIOS

Parece bastante inútil el discurso de aquellos que, al presentar

el papel de María en el plan de salvación, necesitan reafirmar la

total centralidad, originalidad y plenitud de la persona y de la obra de Jesucristo como único mediador entre Dios y el mundo, como si María pudiera oscurecer o estorbar la persona y la misión de Jesús de Nazaret, el Cristo, y su mensaje. La teología feminista llega a preguntarse si esta defensa cristocéntrica no responde al temor a que sea, no la figura de María, sino *lo femenino* que ella representa lo que ocupe un lugar *inadecuado* en el plan salvífico y en el corazón de la Iglesia. De la misma manera que suscita perplejidad una serie de datos en la devoción mariana, como cantos, contenidos de ciertas homilías y prácticas marianas, que expresan un lenguaje francamente regresivo, como si la madre de Jesús fuera la realidad personal que permitiera sacar, desde el inconsciente, la parte más infantil de los miembros de la comunidad creyente.

Por otra parte, la exagerada idealización del modelo mariano puede corresponder a un biologismo psicológico carente de la agudeza del espíritu libre de prejuicios ante la acción gratuita de Dios en su criatura. Una mirada capaz de contemplar el valor de lo humano en el modelo *arquetípico* femenino, la persona de María de Nazaret, y de asumirlo como modelo original de la humanidad en Dios: un modelo universal, que encierra un profundo sentido de relación y pertenencia a Dios. Un modelo que atrae desde las profundidades del corazón tanto a mujeres como a hombres,

La mirada, exagerada por una parte o recelosa por otra, sobre

la figura de María no ha hecho ningún favor a las mujeres, pero tampoco a los hombres, que formamos la comunidad eclesial. Entre otras cosas, porque no ha puesto el acento de la reflexión marialógica en lo que realmente importa y es esencial: en su condición de ser humano abierto a Dios, ni tampoco en el hecho de que este ser humano haya sido precisamente una mujer. Si se hubiera tenido en cuenta este dato fundamental, sin duda se habrían superado muchos de los elementos degradantes de lo femenino, heredados de la cultura semita y helénica, que contradicen en gran medida el evangelio. Se habrían logrado establecer en la Iglesia relaciones de distinción e igualdad, hombre-mujer, mucho más cercanas a las que Jesucristo inauguró dentro de ella.

Poniendo de relieve la importancia de *lo femenino* de María, en relación con el plan salvífico de Dios que se encarna históricamente en *lo masculino* de Jesús, se descubre la fuerza unitiva de la pluralidad humana. La feminidad de la madre y la masculinidad del hijo muestran, desde su realidad más indigente, social, cultural y religiosamente hablando, el modo en que Dios hace de nuestra condición humana un lugar teológico: la *corporeidad* histórica y la dimensión *transcendente* se unen en el vientre gestante de una mujer. La figura de este encuentro verdaderamente *simbólico* entre lo divino y lo humano tiene nombre, genealogía e historia concreta a través de María de Nazaret. Por eso se puede decir que "la marialogía es una teología de encruci-

jadas”, desde ella pueden tratarse los grandes temas de nuestra fe: la cristología, la eclesiología, la antropología, la escatología... Y esto sin pretender reducir estas disciplinas teológicas a lo marialógico, sino admitiendo que nada de lo que se diga desde la mujer María se encierra en ella. María es camino de apertura al misterio de Cristo, de la Iglesia, del ser humano y del cosmos.

Pero este camino teológico requiere una renovación efectiva del método teológico-eclesial. Este método se ha dado en lla-

mar de *deconstrucción*. Implica el reconocimiento de los presupuestos de fondo que sostienen la imagen tradicional de María en la doctrina y en la fe, y la presunta asunción de neutralidad desde la que se exponen. Nada de lo que afirma la asimetría del ser humano puede ser asumido hoy como camino para alcanzar la plenitud de la humanidad de Dios, si se desconoce la dignidad de la diferencia en aras de alguna supuesta superioridad de uno de los géneros sobre el otro.

## RECONOCER EL ORIGINAL A TRAVÉS DE LO ORIGINADO

Mirando el perfil original de lo humano-femenino desde la mujer María de Nazaret, se acrecienta la certeza de una fe que no inventa nada respecto al origen de la entera humanidad en Dios. El *arquetipo* marialógico representa un tipo fundamental y básico de la fe cristiana; de una fe que se expresa como relación encarnada de Dios, en y con la historia. Desde esta vertiente gratuita del acceso a Dios a nuestra realidad, el modelo original de lo femenino, sumergido en el inconsciente colectivo de toda una *ecclesia*, es una fuerza que orienta y atrae, no hacia ella para quedarse en ella, sino para llevar hacia aquella realidad que es el Origen en sí: Dios. El canto del *Magnificat* es la mejor expresión de lo que intentamos expresar, tanto en boca de María como de aquéllos que engrandecen con ella la obra divina.

De ahí la necesidad de revisar

los textos que han servido para elaborar el modelo y de tomar una cierta distancia crítica respecto a la perspectiva que ofrecen y a los datos socio-culturales que regían en la formulación e interpretación posterior de los mismos. Hemos de aceptar la importancia que tiene la introducción de la categoría *género*, o *diferencia* de géneros masculino/femenino, en la interpretación de la tradición a efectos de las implicaciones prácticas que se han dado en la vida y moral de los creyentes. El arquetipo femenino que representa María en la Iglesia es válido para cualquier creyente, hombre o mujer, pero lo cierto es que no ha significado lo mismo para hombres y mujeres, ni ha contribuido a otorgarles igual dignidad.

Es urgente ensayar una nueva hermenéutica de la presencia mariana y marialógica en la vida de la Iglesia. No podemos mante-

ner la figura de María como modelo de sumisión y silencio frente a una Iglesia y una sociedad en la que las mujeres quieren actuar y ser legítimamente escuchadas. Salir de este marco conceptual está suponiendo un verdadero esfuerzo de “deconstrucción”, aplicado a las muchas imágenes que el pueblo creyente tiene de la Madre de Jesús. Pero no se trata sólo de reenfocar el tema desde el ámbito de fe, puesto que no sólo la Iglesia se ve afectada por estas imágenes, sino la sociedad entera.

El método hermenéutico *deconstrucción* funciona acogiendo e interpretando todo lo recibido a través de la Escritura y la Tradición. Se trata de separar las *verdades* que a lo largo de los siglos se han presentado como un bloque compacto, simplificado y estático, para resaltar la fuerza y novedad de lo no-dicho y que entra dentro de la *Verdad* revelada por el dinamismo propio del Espíritu, que actúa en la historia de la comunidad creyente.

En principio, el método, utilizado por buena parte de las pensadoras feministas, no pretende negar o destruir el depósito de datos recibidos, en nuestro caso de fe, sino precisamente *reconstruir*, es decir, volver a construir todo el proceso que ha llevado a la concepción de los conceptos y contenidos que hoy poseemos, para ver como pueden ser asumidos en

nuestra realidad, y expresarse en términos inteligibles para el / la creyente de nuestro momento histórico. Esto daría lugar a la identificación del sentido original de los textos y tradiciones en los que se fundamenta la doctrina eclesial, la situación de las comunidades receptoras y su ubicación en la cultura circundante, entre otras muchas cosas. Para lograr esta *reconstrucción* algunas teólogas intentan una *vuelta* a la escena de los hechos, a los *lugares* originales descritos en la narración en busca de indicios y datos, aunque insignificantes, para ser registrados y valorados en términos de *anámnesis* o actualización real y significativa.

Ante todo, desde la hermenéutica “deconstructiva” marialógica, se viene abajo la concepción *maximalista* de la marialogía, llamada por García Paredes, el “pensamiento dogmático”, que reduce la figura de María a la repetición de unas fórmulas que en su momento pudieron tener sentido, pero que ahora necesitan ser reinterpretadas para hacerlas cercanas a la comunidad creyente. Pero también deja de tener valor el *minimalismo* marialógico, o el tipo de “pensamiento antidogmático”, en el que la figura de María queda apenas como un apéndice insignificante de la cristología o de la eclesiología.

## EL PRINCIPIO DE LO DIFERENTE EN LA IGLESIA: “EL ETERNO FEMENINO”

El *modelo* y el *arquetipo* se presentan aquí como realidades que

tienden a reproducirse en el plano de la existencia humana y cre-

yente. El “*arquetipo marialógico*” expresa la significación que la figura de esta mujer ha tenido en la conciencia original de los creyentes. Y este modelo responde con frecuencia a la percepción de lo femenino en las diversas situaciones culturales y religiosas.

El principio del “eterno femenino” está presente en todas las religiones a lo largo de la historia. Es significativo encontrar dos elementos en los que, por lo general, las distintas culturas y religiones se unifican ante lo *femenino*: primero, el papel secundario, silencioso e invisible de la mujer dentro de ellas; segundo, la fuerza de la enseñanza oficial del cuerpo cultural, ritual o doctrinal que ve en la corporeidad de la mujer el origen de la atracción fatal o de la tentación y del pecado que arrastra al hombre y lo separa de su condición espiritual. Nuestra religión no escapa a esta realidad: lo femenino encarna en la Iglesia, de la mano de las culturas en las que se encarna, un papel sospechoso, recluso y marginal, incluso desde esa realidad personal que es María, la madre del Hijo de Dios y Madre de la Iglesia, aun siendo ella la antítesis de la *Eva* que toda mujer lleva dentro.

En la Iglesia católica, la presencia de María como símbolo de lo femenino y de su papel en la construcción de la comunidad tiene un papel fuertemente afectivo y devocional. Ella es la figura que mejor representa los sentimientos y las idealizaciones de la conciencia creyente. El pueblo llano, animado por la predicación y la catequesis, la venera en infinitad de

advocaciones, la representa artísticamente, la idealiza majestuosa y la reconoce en repetidas manifestaciones individuales o colectivas. Todo ello, en el fondo, denota la fuerte necesidad y la exigencia religiosa de lo que la psicología ha denominado “el eterno femenino”, exigencia a la que no escapa la religión católica.

A María se la ha reconocido como arquetipo de lo *femenino divino*, frente a lo *femenino mundano*. En ella vieron los Padres de la Iglesia la “nueva Eva”, la “nueva Tierra-virgen” capaz de engendrar la “nueva y definitiva Humanidad”, Cristo. Las figuras femeninas que alcanzaron algún relieve en el AT han sido miradas por la comunidad cristiana a través de la figura de María, concediéndoles un papel de colaboración en el plan de salvación que trasciende con mucho los rasgos meramente histórico-narrativos que tuvieron originalmente: Eva, Débora, Ruth, Judith, Esther, etc.

En una marialogía actual, María de Nazaret recrea lo mejor de cada una de estas figuras para mostrar lo *diferente* no reconocido. Y lo hace mostrando, no el coraje que vence al enemigo por medio de la fuerza, la belleza o la capacidad de liderazgo, sino poniendo de relieve la fuerza de los débiles y la apertura de los pobres y olvidados para hacerse “oyentes de la Palabra” y portadores de la buena noticia de la liberación para el mundo. En este sentido, *el principio de la diferencia* nos invita, por ejemplo, en el relato del libro de Esther, a revisar el contenido y el mensaje que esta



figura transmite, sin perder de vista la otra figura de mujer que es repudiada, la reina Vasti. En ella, las mujeres pueden ver el modelo de lo femenino que no se deja manipular por el poder ni ser utilizada como objeto de placer.

María es *arquetipo de lo femenino diferente*, del mismo modo que Jesús de Nazaret es *arquetipo de lo masculino diferente*, dentro de una Humanidad Nueva de hombres y mujeres mucho más rela-

cionados en Dios y desde Dios y menos desde las desigualdades de género impuestas por una cultura que ignora y teme toda diferencia. En una sociedad en la que lo plural y diferente es simplemente lo global e indiferenciado, una marialogía que acoge el dato antropológico y se abre a la dignidad del ser individual en su condición de hombre o mujer es camino de comunión y recreación de todo, en la novedad del Espíritu.

## MARÍA, ¿PARADOJA O PARADIGMA ECLESIAL?

Junto al *arquetipo* hemos mencionado el *símbolo*. El término griego "*symballein*", símbolo, supone algo cercano pero no conocido completamente, que invita a realizar un esfuerzo de comprensión más allá de lo meramente perceptible. El sentido profundo del símbolo es "poner juntos, con-jugar" varios elementos de una misma realidad. En la misma dinámica del término se encuentran los fundamentos que le confieren validez y eficacia. Cada una de las realidades a que hace referencia es reveladora de una cualidad que le da un significado preciso frente a otra y que, sin embargo, armoniza con ella.

El símbolo va a la búsqueda de los rasgos bellos que presenta la verdad, para darles justo el matiz que hace resaltar la maravilla de la obra entera. En la *mariología simbólica*, el "camino de la verdad" y el "camino de la belleza, el "camino de la razón" y el "camino del afecto" deben ir perfectamente armonizados. No pueden desentonar el uno del otro, porque en

María lo *natural* se integra en lo *gratuito*, lo *divino* en lo *humano*, de manera serena y perfecta. En esta mujer, el misterio del Dios revelado en Jesús tiene mucho que ver con nuestra humanidad. El Verbo se ha hecho carne en su vientre, fecundado por la fuerza del Espíritu y es, ya para toda la eternidad, familiar nuestro, nuestro hermano. La relación personal de María como mujer con el misterio divino abre las puertas a la relación personal de todos los hombres y mujeres con la Trinidad, formando en ese Misterio una sola Comunidad de fe, el "misterio" eclesial. Una comunión que hace igualdad en la distinción y unidad en la pluralidad.

Esta simple constatación debería servir para tomar conciencia de la fuerza catalizadora que la presencia de María, como *arquetipo* de mujer y de creyente, representa dentro de la Iglesia. En todo caso, esta presencia de mujer real, y no sólo sublime, supone un reto lanzado a la comunidad cristiana: el respeto y la valoración de la

singularidad y potencialidad de lo femenino dentro de ella. La santidad de María, su cercanía a Dios, es el sacramento *paradigmático* de la Iglesia.

Pero lo paradigmático se rompe con la fuerza de lo paradójico. Cuando a María se la exalta haciendo de ella una figura *cuasidivina*, sublime, *hipostáticamente* celeste, se acaba con toda posibilidad

de imitación. No hay conjunción armónica, sino un cierto amago de culpabilidad y congoja permanente. Porque, por más que deseemos imitarla, jamás podremos encontrarnos con el modelo íntegro, igualmente válido para hombres y mujeres creyentes. Estamos casi ante un tipo de *docetismo mariano* del que es difícil hablar, pero urge hacerlo para superarlo.

## CONCLUSIÓN

María no es modelo *paradójico* de mujer sublime, irrepetible e inalcanzable. Ella es, ante todo, el *paradigma* original de la capacidad del ser humano para abrirse a la palabra de Dios y aceptar su voluntad. Es modelo del carácter relacional del ser humano entero: de la *corporeidad* humana, asociada libre y conscientemente a la obra de la Salvación. Desde el punto de vista religioso podemos decir de ella que es el principio de la plenitud de lo *femenino-masculino* de la humanidad en relación personal y totalmente íntima con la divinidad. Su especial relación con Dios no es un *privilegio excluyente*, sino la revelación del *principio inclusivo* de la comunión original en que la Humanidad entera (hombre-mujer) se encuentra ante Dios.

La dimensión simbólica-sacramental de la Iglesia ha mantenido la más profunda conciencia de la presencia paradigmática de María. La liturgia ha exaltado los valores y la dignidad del *arquetipo-María* en la comunidad. El reto se presenta cuando se trata de plasmar en la realidad eclesial el *símbolo*

litúrgico y hacer de él un modelo de comportamiento frente a lo femenino dentro de ella. Nos encontramos en el momento preciso para realizar una *inclusión simbólica*. Esto supone tener en cuenta los símbolos que han dicho tradicionalmente *lo femenino*, junto a otros que también lo dicen y no se reconocen: a) el símbolo *sublime*, junto al símbolo *encarnado*; b) el símbolo *pasivo* junto al símbolo *activo*; c) el símbolo *escondido*, junto al símbolo *comprometido*; d) el símbolo del *servicio*, junto al símbolo *profético*.

Se trata de ir conjugando el modelo de mujer que desde María se nos ha venido proyectando en nuestra cultura religiosa y que ha terminado por ser el prototipo o modelo de mujer en la Iglesia y en la sociedad, con ese *arquetipo* femenino que encierra todo lo olvidado. La acentuación del *arquetipo femenino* de María en la Iglesia no significa alejamiento o ruptura de los atributos tradicionales, ni sustraer este modelo de fe a los hombres creyentes, sino ampliar la dirección y profundidad de nuestra mirada y, so-

bre todo, el reconocimiento de la intencionalidad en la aplicación de un modelo que ha excluido, y no de manera inocente, a las mujeres, haciendo de María no la “benedita entre las mujeres”, sino “la sola entre las mujeres”.

En suma, María no nos sirve ya como modelo para guardar un silencio acomplexado e irresponsable en la Iglesia, sino que nos llama a reconocer el valor de nuestra propia condición humano-femenina dentro de ella, para arriesgarnos a asumir “ministerios” como, por ejemplo, el del servicio y el de la predicación de la

Palabra, y todo cuanto ayude a avivar la fe, esperanza y caridad en la comunidad del Resucitado. El paradigma del *arquetipo marialógico* está aún por estrenarse en la Iglesia. Cuando seamos capaces de mirar este paradigma con amor y ternura, pero, sobre todo, sin temor a ver en ella el rostro de cada ser humano-mujer que construye la historia con la misma dignidad que cada ser humano-varón, estaremos en condiciones de vivir con más dinamicidad y creatividad de espíritu lo que Dios quiere de la Iglesia.

Condensó: JOAQUIM PONS

---